

CAPÍTULO XXIX

Francmasones. — Caballeros del Temple. — Iluminados

Todas las sociedades misteriosas que se establecen con algún objeto político ó religioso, tienen, según la progresión de los grados que ocupan sus adeptos, miembros que ven, y otros que no ven, y podrían llamarse ciegos. Éstos se contentan con estar iniciados en el objeto aparente; los otros profundizan el secreto. Esto mismo sucede en la sociedad de los francmasones, cuya antigüedad para los escoceses se remonta al siglo XIII, para los alemanes al XV y para nosotros al XVIII. Para los hombres de todos los países, que quieren estudiar su marcha al través de los siglos, se pierde entre la oscuridad de los primitivos tiempos.

Las logias masónicas comenzaron á despertar la inquietud de los gobiernos hacia mediados del último siglo.

Fueron los Estados de Holanda los primeros alarmados por esta sociedad misteriosa, que no se sabía de cuál país había venido, ni el objeto á que se encaminaba, y que tenía un secreto que no revelaba sino á los primeros de entre ellos, después de haberlos experimentado por medio de pruebas terribles.

El 16 de octubre de 1755, unos masones que habían llegado de Inglaterra, se reunieron en Amsterdam, en

una casa de Stel-Steeg, que habían alquilado para habitar, cuando un tropel de fanáticos, excitados por el clero, invadió el sitio en que celebraban sus sesiones, rompieron los muebles y cometieron los actos de más brutal violencia contra los individuos que no habían abandonado la logia.

Los francmasones expusieron sus quejas á la autoridad, pero en vez de proceder en derecho, declararon los estados generales el 30 del mismo mes y año de 1755, que aunque el proceder de los miembros de aquella sociedad ningún peligro presentase para la tranquilidad pública, se prohibían aquellas reuniones, para prevenir las malas consecuencias que pudiesen resultar de ellas.

El 10 de septiembre de 1757 imitó la Francia el ejemplo de la Holanda. Un comisario de policía llamado Juan de Espinay supo que se iba á reunir una asamblea de francmasones en San Bonnet en la Rapée; se traslada allí, y manifiesta á los que halló, que estaban prohibidas aquellas reuniones por las disposiciones generales de las órdenes reales y por los decretos del parlamento. Y los francmasones se retiraron á pesar de las protestas del duque de Autin, que llegó durante la arenga de Juan de Espinay, al que trató con mucha aspereza.

Un año después, el 27 de diciembre de 1758, el teniente de policía Hérault fué en persona á la casa llamada de Soissour, calle de los Dos Escudos, arrestó á muchos hermanos y los hizo encerrar en Fort-Leveque.

El 5 de junio de 1744 se prohibió por una sentencia del tribunal inferior de justicia, que pudiesen reunirse en logias los francmasones; y que los propie-

tarios de casas y tabernas los recibiesen bajo pena de tres mil francos de multa.

Clemente XII lanzó por su parte en 1738 la famosa bula excolmogando á los francmasones, que renovó después Clemente XIV.

Juan Gastón, el último gran duque de la casa de los Médicis, fué el que en 1737, alarmado por las reuniones masónicas que comenzaban á organizarse en Toscana, los denunció á Clemente XII, como propagadores de doctrinas vituperables.

Un folleto apologético de la masonería, publicado en Dublin, fué quemado en Roma por mano del verdugo el 18 de febrero de 1739.

Y en fin, el consejo de Berna los suprimió en toda la Suiza el año de 1748.

Es preciso procurar examinar y referir cuales eran las causas reales que habian motivado esta proscripción en Francia, en Holanda, en Italia y en Suiza.

Al Egipto es siempre adonde tiene que remontarse la sociedad moderna para buscar el origen de todas las ciencias. La misteriosa población del Egipto, hija de la India y madre de la Grecia, fué la cuna de la civilización que se extendió por el hemisferio occidental, y descendió por el Nilo con Elefantina, Tebas y Menfis; y esparciéndose por los mil canales del Delta, fecundizó el mundo de Sardanápalo, de Nabonasar, de Alejandro, de Aníbal y de Julio César.

Entre los egipcios todas las ciencias se sometían á pruebas y á un noviciado, á fin de que el iniciador ó maestro pudiera asegurarse de la vocación del adepto ó del discípulo.

El mismo método que se observa para todos los ramos de educación se observaba también para la enseñanza de la arquitectura, y especialmente de la

arquitectura sagrada. Á los jóvenes que se les instruía en este arte, se les iniciaba al mismo tiempo en los misterios de la religión, y formaban, aparte del sacerdocio, una casta ó corporación particular, que por los dibujos que trazaban los sacerdotes, edificaban los templos, y otros monumentos consagrados al culto de los dioses. Estos arquitectos eran muy considerados y honrados entre los egipcios, y en las ruinas de la ciudad de Siena, en medio de los sepulcros de los primeros Faraones de la dinastía décimooctava, se encuentran algunos sarcófagos, que pertenecen á los directores de las obras, y á los inspectores de las canteras de Silsilis.

Los egipcios enviaron colonias á Grecia, y estas colonias llevaron consigo sus misterios y sus instituciones. Sólo que los dioses primitivos al ser nombrados en otra lengua tomaron nombres distintos. Á Osiris se le llamó Baco ó Dionisio; Isis se cambió en Ceres; la Pamelia egipcia no fué más que la Dionisia griega. No hay nada de extraño en que la secta de los arquitectos sagrados se vuelva á encontrar en Grecia como en Egipto.

Los sacerdotes de Dionisio ó Baco, fueron los que levantaron los primeros teatros, é instituyeron las primeras representaciones dramáticas. Thespis, el creador de la tragedia, había visto en un pueblo pequeño del Ática, en las fiestas de Baco, un cantante subido sobre una mesa, formando una especie de diálogo con el coro. Estas primitivas representaciones, que Thespis había visto y que perfeccionó, eran todas relativas al culto del Dios, y los arquitectos encargados de la construcción de aquellos edificios pertenecían al sacerdocio por la iniciación.

Los llamaban obreros dionisianos, ó dionisiastas.

Esto acaecía mil años antes de nuestra era próximamente. Tenían estos obreros el privilegio exclusivo de construir los templos, los teatros, y demás edificios públicos en toda la comarca. Las ruinas de estos edificios atestiguan hoy todavía la sublimidad de su arte. Se fueron aumentando y se esparcieron por todas las comarcas vecinas de la Grecia. Se les vuelve á encontrar en la Siria, en la India y en la Persia.

Trescientos años antes de Jesucristo los reyes de Pérgamo les dieron á Theos para su morada. Entonces se organizaron, y su organización presenta una semejanza perfecta con la de los francmasones del siglo XVII.

Tenían una iniciación particular: palabras y signos para reconocerse; estaban divididos en comunidades, en colegios, en sinodos, en sociedades, y al fin en logias.

Estas logias tenían títulos especiales: una se llamaba *la de Allah*, otra la de *los compañeros de Eschine*. Cada una estaba dirigida por un *maestro* y vigilada por presidentes que se elegían anualmente. Se llamaban *hermanos*, y en sus ceremonias misteriosas, los hermanos se servían de las herramientas de su profesión. En ciertas épocas celebraban banquetes y reuniones generales. En estos banquetes se hacían brindis simbólicos; y en las asambleas generales se señalaban premios para los obreros más hábiles. No había entre ellos indigentes, los más ricos debían socorrerlos. Si caía enfermo un hermano, todos debían auxiliarlo. Si el enfermo se moría y era digno de la confraternidad, se le debía levantar un monumento funerario en el cementerio de Severhesar, y de Esaki, como á los arquitectos sus abuelos. Hace dos mil años que levantaron uno en la ciudad de Siena.

Asalio, rey de Pérgamo, estaba afiliado en esta sociedad, que se había extendido en el Egipto, la Grecia, el Asia Menor, la Siria, la Persia y la India. En la Fenicia, que era una lengua de tierra que se extendía por la costa del Mediterráneo, desde Aradus hasta Tiro, también había estos establecimientos.

Los judíos venidos del Egipto, también habían hecho allí el oficio de albañiles. Por esto, á pesar de la repugnancia de los judíos para mezclarse con ninguna otra nación, los fenicios y judíos del mismo oficio tuvieron que mezclarse para la construcción del templo de Salomón, edificado, dice Josepho, por el mismo plan que el templo de Hércules y el de Astartea, en Tiro.

Estos obreros, que trabajaban en la construcción del templo, y que no hablaban todos la misma lengua, porque los unos eran egipcios, los otros judíos, y los otros fenicios, se conocían entre sí por medio de palabras y signos secretos, que eran iguales para los masones de todos los países.

De aquí procedió la fácil comunicación establecida entre la Judea y la Fenicia; y por esto autorizó el rey de Tiro á Salomón para que cortase los cedros más hermosos del monte Libano; y á su petición le envió á su arquitecto Hiram, hombre muy hábil, que hizo colocar los árboles después de cortados sobre rodillos, por cuyo medio los hizo llevar hasta Joppe, desde donde con facilidad podría hacerlos transportar Salomón á Jerusalén.

Y Salomón hizo la enumeración de todos los prosélitos que se hallaban en las tierras de Israel, y halló que ascendían á ciento cincuenta y tres mil y seiscientos.

Destinó sesenta mil como peones para el acarreo,

ochenta mil como operarios para cortar las piedras en sus canteras, y tres mil y seiscientos como maestros para dirigir los trabajos.

La dirección de toda la obra estaba á cargo de Hiram.

Mas adelante podrá verse lo que la tradición masónica ha sacado de los dos capitulos de la Biblia, relativo á la construcción y á la destrucción del templo.

« Entonces, dice Escaligero, se formó una sociedad encargada de la conservación del templo y del ornato de los pórticos, y los miembros de esta sociedad tomaron el nombre de *caballeros del templo de Jerusalén*. »

Del seno de esta sociedad de los caballeros del templo de Jerusalén, salió la secta de los Erenianos, en la que, dice Eusebio, que fué afiliado Jesús.

Tres mil años después fué el establecimiento de los francmasones modernos.

También aparecieron en Roma en tiempo de Numa los trabajadores del templo, setecientos y catorce años antes de la era cristiana. Se establecieron en Roma colegios de arquitectos (*collegia fabrorum*); los que los organizaron fueron griegos que Numa hizo venir de Ática, á cuyas sociedades se dió también el nombre de *fraternitates*.

Aquellas sociedades, hermandades ó colegios de arquitectos, tenían franquicias particulares, y una jurisdicción y jueces diferentes: Gozaban de la inmunidad de las contribuciones, inmunidades que conservaron todo el tiempo del imperio y en la edad media, por lo que tomaron el nombre de albañiles libres, ó francmasones.

La comunidad más famosa de albañiles libres fué la

de la ciudad de Coma, y les llamaban *magistri comacini*.

Estas comunidades fueron las que llenaron la Italia de edificios religiosos, mientras otras de ellas mismas, constituyéndose en una gran asociación, pasaron por una parte los Alpes y por otra los Apeninos, y se esparcieron por todos los países en donde el catolicismo necesitaba iglesias y monasterios. Entonces aquellas comunidades de albañiles libres no se compusieron ya sólo de italianos, sino también de griegos, españoles, franceses, portugueses, belgas, ingleses y alemanes.

Hacia fines del siglo xv, algunas de las personas admitidas en aquellas sociedades industriales y artísticas en calidad de individuos de honor y de protectores, comenzaron á formar sociedades particulares, que abandonaban la parte material y principiábase á fundar la parte mística. Florencia nos presentó en 1512 el ejemplo de una de estas sociedades compuesta de sabios y de personajes políticos. Sus simbolos eran el palaustre, el martillo y la escuadra; su patrón era el de los albañiles de Escocia, san Andrés.

Entretanto las sociedades puramente artísticas cumplían con su grande obra. Ellas han sido las que han sembrado por Europa esas gigantescas esflorescencias de granito, que causan hoy todavia la admiración de los poetas y la desesperación de los arquitectos. En los siglos xiii y xiv construyeron las catedrales de Colonia y de Meisseu; en 1440 la de Valenciennes; 1585 el convento de Batalha en Portugal, y el monasterio de Monte-Cawin en Italia. Así en la cúpula de Wurtzburgo, delante de la puerta de la cámara de los muertos se elevan dos columnas, que la una tiene

en su chapitel la palabra Jachin, y la otra en su caña la palabra Booz, que ambas pertenecen al repertorio masónico. La figura del Cristo que corona la cima de la portada de la derecha en la iglesia de San Dionisio, tiene la mano izquierda en escuadra sobre el pecho á la altura de la barba, posición usual también de nuestros francmasones actuales.

Los indicios más exactos que se tienen acerca de las sociedades masónicas de aquella época, son los conservados por el abate Grandidier, quien los sacó de un antiguo registro de los albañiles de Estrasburgo que edificaron la catedral, obra maravillosa, comenzada en 1277 bajo la dirección de Hervin de Steinbach, y concluida en 1439. Los albañiles que levantaron estos monumentos estaban divididos en tres categorías; maestros, albañiles y aprendices. Se reunían en una barraca, y tomaban por emblema las herramientas de su profesión: la escuadra, el compás y el nivel. Se reconocían por signos particulares; admitían como asociados libres á personas que no ejercían la profesión: y en fin, la escuadra y el compás enlazados con una G, servía de marca á Juan Greeninger, editor en Estrasburgo en 1525.

En Estrasburgo, como en todas las demás partes, tenían aquellas corporaciones un jefe que las gobernaba, y para cada diez hombres un maestro que dirigía á los otros nueve.

Pero en Inglaterra, sobre todo, fué donde los misterios masónicos, legados por los romanos, por un instante no perdidos, sino asustados por las guerras de los escoceses y sajones, volvieron á aparecer luego que estos últimos quedaron como pacíficos dominadores de la isla; y agregaron al instante á las reliquias de las tradiciones nacionales los poderes exteriores.

Llamaron á Inglaterra á los arquitectos de Francia, de Italia, de España y de Constantinopla, que se retiraron de allí á la invasión de los daneses; pero bastó su contacto para reanimar todos los antiguos instintos masónicos, á los cuales Althesthan, nieto de Alfredo el Grande, dió nueva vida, haciendo edificar muchas iglesias y muchos palacios. Además, en una asamblea general de la confraternidad, que se tuvo en York en el mes de junio de 926 y que presidió Corvin, el más joven de los hijos del rey, se redactó, discutió y decretó un código de leyes para el uso de los masones de Inglaterra.

Poco tardó en hacerse de moda la agregación á las sociedades masónicas; se hicieron recibir en ellas príncipes y reyes, y se honraban con tener el título de grandes maestros. Entonces fué cuando apareció la orden del Temple, que con su espíritu ambicioso comprendió todo lo que podía hacerse con aquella red de asociaciones que cubría el mundo, y se apoderó de las logias masónicas en Alemania, en Francia y en Italia; disfrazó sus proyectos políticos con la filantropía de sus trabajos. Hizo puentes, edificó hospicios, trazó caminos que conservan aun su nombre, reparó los tres caminos romanos de España; levantó con una asombrosa rapidez esas mil iglesias con elevados campanarios de piedra, que las tradiciones populares le atribuyen hoy todavía, y que ostentan sus remates de granito en Francia, en España y en Italia; en Italia sobre todo, en donde todavía se llaman iglesias *della Massone* ó *della Maccione*, esto es: de la Masonería.

La masonería inglesa para adquirir más fuerza necesitaba ser perseguida, y lo fué en efecto. Á instigación del obispo de Winchester, tutor de Enrique VI

entonces en minoría, se expidió contra ella un edicto en 1428; y el 27 de diciembre de 1561, hallándose la confraternidad celebrando su asamblea anual en York, envió la reina Isabel un destacamento para disolverla. Pero los hombres de armas que la componían, en vez de proceder á la disolución de la asamblea y á hacer desocupar la logia, se introdujeron en el templo porque se convencieron de que allí nada se hacía que se opusiera al respeto debido á la reina y á la obediencia á las leyes del reino; y después de haberse sometido á las pruebas fueron todos ellos recibidos masones.

Desde entonces renunció Isabel á perseguir á los masones y expidió un edicto anulando el de Enrique VI.

Iguales proporciones tomó en Escocia la masonería, sólo que en 1427, Jacobo II les quitó á los masones la elección del gran maestro, confiriendo él esta dignidad á Williams Saint-Clair, barón de Rosslyn, y sus herederos en línea recta, herencia que se confirmó en 1650 por los masones escoceses.

Y en fin, en 1703, la logia de San Pablo en Londres, que hoy se llama la *Antigüedad*, núm. 2, tomó una decisión que cambió enteramente la faz de la cofradía.

Se determinaba por esta decisión:

« Que los privilegios de la masonería no sean en lo sucesivo exclusivos para los masones constructores, y que los hombres de todas las profesiones puedan disfrutar de ellos, con tal que estén aprobados é iniciados en el orden con regularidad. »

Desde el día de esta decisión, dada al principio del siglo filosófico, que produjo los Voltaire, los Rousseau, los Montesquieu, los Diderot, los d'Alembert, los

Raynal, los Helvetius y los Holbach, data la nueva era de la masonería.

También data de esta misma época, según todas probabilidades su transformación. De artística se convirtió en política, y va á llevar á cabo, en beneficio de la libertad, la obra de que los caballeros del Temple habían querido apoderarse en beneficio de su ambición, y que con tanta magnitud comenzada, se había interrumpido repentinamente por el proceso de los caballeros del Temple y por el suplicio de su gran maestro.

Hay que pasar ahora de la historia de la masonería de Clavel, á la historia del jacobinismo del P. Barruel y al proceso de Cagliostro.

Hay gran diferencia entre la manera con que el abate Barruel describe la masonería, y el aspecto inocente con que la presenta el historiador moderno. El P. Barruel ve en ella una conspiración permanente contra los reyes; conspiración, cuyo secreto sólo ha sido conocido en la antigüedad por los grandes maestros; por los templarios en la edad media, y por los Rosas-Cruz en los tiempos modernos.

Véase, pues, según Clavel, el solo secreto que se revelaba á los maestros.

Hiram-Abi, célebre arquitecto, le había sido enviado á Salomón por Hiram, rey de Tiro, para dirigir los trabajos de construcción del templo de Jerusalén. El número de obreros era inmenso. Hiram-Abi los distribuyó en tres clases, á cada una de las cuales se daba un salario proporcionado al grado de habilidad que las distinguía.

Estas tres clases eran las de aprendiz, compañero y maestro. Los aprendices, los compañeros y los maestros tenían sus misterios particulares y se reconocían

entre sí por medio de signos, palabras y tocamientos convenidos. Los aprendices cobraban su salario en la columna B, los compañeros en la columna J, y los maestros en la cámara de en medio, y los pagadores del templo no entregaban el salario á los trabajadores que se presentaban á recibirlo, sin haber examinado con escrupulosidad el grado que tenían. Viendo tres compañeros que se acercaba el fin de la obra, y que ellos no habían podido obtener aun las palabras y señas de maestros, resolvieron adquirirlas por violencia, arrancándoselas al respetable Hiram, á fin de poder pasar por maestros en otros países, y hacerse adjudicar el salario como tales. Estos tres miserables, llamados Jubelas, Jubelos y Jubelum, sabían que Hiram iba todos los días á rezar su oración de medio día al templo, mientras los obreros descansaban. Lo espionaron, y luego que lo vieron entrar en el templo se escondieron, uno á la inmediación de cada puerta: Jubelas á la del Mediodía, Jubelos á la de Occidente, y Jubelum á la de Oriente, y así situados esperaron que saliese. Se dirigió Hiram para salir primero hacia la puerta del Mediodía y encontró allí á Jubelas, que le pidió la palabra de maestro, y habiéndose Hiram negado, le dió un fuerte golpe en el cuello con una regla de veinticuatro pulgadas que tenía en la mano.

Retrocedió Hiram escapando hacia la puerta de Occidente y encontró allí á Jubelos, que no pudiendo obtener de él tampoco que le diese la palabra de maestro le pegó en el pecho un golpe furioso con una escuadra de hierro.

Trastornado por el golpe Hiram-Abi, pudo, sin embargo, hacer un esfuerzo y procuró salvarse por la puerta del Oriente. Allí encontró á Jubelum, que le

pidió como sus dos cómplices la palabra de maestro, y que no habiéndola obtenido le descargó con un mazo un golpe tan terrible en la frente, que lo tendió muerto á sus pies.

Reunidos los tres asesinos se preguntaron recíprocamente la palabra de maestro, y viendo que no se la habían podido arrancar á Hiram y desesperados por no haber podido sacar ningún provecho de su crimen, no pensaron más que en hacer desaparecer los vestigios. Con este objeto levantaron el cuerpo y lo ocultaron bajo un montón de escombros. Llegada la noche, lo sacaron fuera de Jerusalén y fueron á enterrarlo lejos en una montaña. No presentándose Hiram-Abi, como acostumbraba, en los trabajos, mandó Salomón á nueve maestros que se ocupasen en buscarlo por todas partes. Aquellos hermanos lo buscaron sucesivamente por diferentes direcciones, y el décimo día llegaron á la cima del monte Libano. Uno de ellos demasiado fatigado se echó en un cerrillo para descansar, y notó que la tierra de aquel cerrillo había sido removida recientemente. Llamó al instante á sus compañeros á los que participó su observación; se pusieron inmediatamente á cavar en aquel sitio, y tardaron poco en hallar el cuerpo de Hiram-Abi. Vieron con dolor que aquel respetable maestro había sido asesinado, y habiendo vuelto á cubrir la fosa y poniéndole encima para reconocer el sitio una rama de acacia que cortaron, se fueron á dar cuenta á Salomón.

Á tan triste nueva se sintió Salomón penetrado del más profundo dolor; conoció que el despojo mortal encerrado en la fosa no podía ser sino el de su gran arquitecto Hiram-Abi; y mandó á los nueve maestros que fuesen á hacer la exhumación del cuerpo y lo

condujesen á Jerusalén : recomendándoles particularmente que buscasen sobre él la palabra de maestro, porque si no la encontraban debía concluirse que se había perdido ; y en este caso les encargaba que recordasen bien el gesto que hiciesen y palabra que pronunciasen al aspecto del cadáver, á fin de que aquel signo y aquella palabra se sustituyesen en lo sucesivo al signo y á la palabra perdidos. Pusiéronse los maestros guantes y mandiles blancos, y llegados al monte Libano, levantaron el cuerpo.

He aquí el secreto de los maestros ; para volver á encontrar este signo y esta palabra es para lo que se ha fundado la francmasonería : y hace tres mil años que se buscan inútilmente la palabra y el signo.

Con facilidad se concibe el desconcierto y desconcierto de un hombre, que habiendo sufrido las pruebas terribles de la francmasonería, después de pasar un año entero por lo menos siendo aprendiz y otros dos años de compañero, llegado al grado de maestro á que aspiraba para conocer el famoso secreto, sabe que el secreto no se ha encontrado todavía y que no es más que la palabra de guardia, ó sea el *santo* dado por Hiram-Abi á los maestros masones que edificaban el templo.

Bien es verdad que según el padre Barruel, el secreto masónico tiene un objeto muy distinto, y que mientras para el misterio de la orden se cuenta á los grados inferiores esta fábula de Hiram-Abi, se cuenta á los grados superiores esta otra historia de Manés.

Manés ó Many fué el fundador de la secta de los maniqueos ; nació en Persia unos doscientos veinte años después de Jesucristo. Á la edad de diez y siete años lo compró una viuda rica de la ciudad de Cleuphon, la que lo hizo instruir con mucho cuidado, le

dió la libertad y lo dejó por heredero de todos sus bienes. Adoptó entonces Manés la doctrina de Terabintho, y de su maestro el egipcio Seytiano, y se dedicó á profesarla.

Según Manés, debe atribuirse la creación á dos principios : uno, esencialmente bueno, que es Dios, el espíritu, la luz ; el otro esencialmente malo, que es el diablo, la materia, las tinieblas. Una mezcla en que Zoroastro ha sido superior á Manés. Según Manés, el Antiguo Testamento es la obra del príncipe de las tinieblas ; Jesucristo, salido de la luz, ha venido, no en realidad, sino en espíritu, á salvar al género humano. El mismo Manés no es otro más que el Paracleto divino, anunciado por Jesus á sus discípulos. Toma también el nombre de apóstol del Cristo ; y también publica un evangelio suyo, cuyos puntos principales de creencia son el dogma de la metempsicosis, la prohibición de matar ningún animal, y la completa abstinencia de toda especie de carnes. Envió también á la India, al Egipto y á la China doce discípulos suyos, á imitación de los doce apóstoles, y la secta hizo tantos progresos, que el mismo rey de Persia Sahafono se hizo maniqueo. No fué muy durable el fervor de este rey, porque habiendo enfermado un hijo suyo, murió entre las manos de Manés que había prometido su curación. Abjuró entonces el rey, y Manés fué aprisionado y amenazado de muerte. Logró fugarse, y recorrió el Indostán, la China y la Turquía, en donde vivió con el arte de pintor y estatuario, pero sin dejar de propagar su doctrina y creándose numerosos adeptos. Queriendo al fin exaltar el espíritu de sus contemporáneos con un milagro, semejante al de la resurrección, depositó Manés en una caverna, descubierta por él y descono-

cida de todos, viveres suficientes para un año, y después anunció á sus discípulos que iba á subir al cielo, de donde no volvería hasta después de un año cumplido para traerles las obras de Dios.

Pasado, con efecto, aquel año en la caverna, apareció Manés de nuevo á sus discípulos, dotado, según decía, de una segunda vida, y trayendo del cielo el libro de su doctrina, que durante el año de retiro había tenido tiempo de redactar. Este milagro dió grande popularidad á Manés, y como por aquel tiempo había muerto su perseguidor Sehafono, y le había sucedido su hijo Hormouz I, permitió éste á Manés volver á Persia: le colmó de beneficios y le señaló para morada el castillo de Deskeuels, que hizo edificar expresamente para él en el Seistán. Aquella fué la grande época de Manés. Protegido por Hormouz, hizo su doctrina numerosos prosélitos. Deslumbrado entonces con sus ventajosos sucesos, tomó el título de Paraceto, que ya había anunciado haberle sido destinado por Jesucristo, y después escribió bajo este título á Marcelo, hombre famoso por su fortuna y su piedad. Marcelo comunicó al instante la carta de Manés á Arquelao, obispo de Cascar, que comprometió á Manés á que fuese á tener con él una conferencia. Aceptó Manés el desafío, y desenvolvió su sistema con gran sutileza y profunda elocuencia; pero Arquelao la refutó completamente, saliendo victoriosa en la discusión la doctrina católica.

Fué esta una gran desgracia para Manés, pero que nada era en comparación del infortunio que le esperaba. Murió su protector Hormouz, y Behram I, su hijo y sucesor, fanático por el antiguo culto, resolvió exterminar á los maniqueos y á su jefe. En consecuencia, por medio de una fingida benevolencia ins-

piró á Manés una falsa seguridad; mandó que la doctrina del profeta se examinase por una especie de concilio; atrajo á Manés á este concilio; le hizo exponer en él su doctrina, y en seguida le exigió que, sin dejar su puesto, hiciese algún milagro para probar su misión divina; y como Manés no pudo ejecutar ningún milagro, lo mandó arrestar, lo hizo desollar vivo, y que su pellejo, relleno de paja, se colgase en una de las puertas de Djoudischaour; sentencia que fué ejecutada apenas había sido pronunciada.

Ahora pues, según el padre Barruel, son los discípulos de Manés los maniqueos desdichados que pudieron escaparse de la persecución de Behram, y que refugiados en África, en Asia y en Europa, son los que han sido el origen de todas esas sectas de herejes conocidos en Occidente y principalmente en Francia, con los nombres de albigenses, cataros, patarinos y búlgaros. Ha sido de los maniqueos de los que los templarios tomaron sus principales misterios, y como los monjes soldados estaban afiliados al mismo tiempo á la masonería, y eran dueños de todas las logias de Europa, sería en sus recepciones, y sobre todo en las que se hiciesen después de su destrucción, donde se sustituiría el secreto político al secreto artístico, y la historia de Hiram-Abi, conservada para los grados inferiores, se reemplazaría con la de Manés para los superiores.

Así, según el padre Barruel, la antigua ceremonia de los maniqueos, titulada *Behma*, es la misma que la de los francmasones en las recepciones para los altos grados. Los maniqueos se reunían al rededor de un catafalco elevado, igual número de gradas que el de los francmasones, haciendo grandes honores al que yacía allí, que era no ya Hiram-Abi, de quien se pro-

curaba recobrar el secreto perdido, sino Manés, cuya muerte se juraba vengar.

¿Y de quién se había de tomar venganza por la muerte de Manés, llevado al suplicio hacia el fin del siglo III, y por la de Jacobo Molay, ejecutado á principios del siglo XIV?

DE LOS REYES

La asociación masónica, según el padre Barruel, era una asociación absolutamente regicida, en la que se habían refundido tres sectas, la de los masones, la de los maniqueos y la de los templarios, para formar en el siglo XVIII la secta de los iluminados, cuyos maestros tenían el título de Rosacruz, y el jefe supremo el de Kadock (templario), y que tomaba el título de masonería regularizada de la alta y estricta observancia.

He aquí el juramento de los iluminados :

« En el nombre del Hijo crucificado : jurad romper los lazos que os unen aun con vuestro padre, vuestra madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, queridas, reyes, jefes, bienhechores, y cualquiera otro ser á quien hayáis prometido fe, obediencia, gratitud ó servicio.

» Nombrad al Dios que os vió nacer, para existir en otra esfera, á la que no podréis llegar, sino después de haber adjurado de este infestado globo, escoria vil de los cielos.

» Desde este momento quedáis libre del pretendido juramento hecho á la patria y á las leyes. — Jurad revelar al nuevo jefe á quien reconocéis, lo que hayáis

visto ó hecho, tomado, leído ó escuchado, aprendido ó adivinado, y también que observaréis y espiaréis lo que no se presente á vuestra vista.

» Honrad y respetad el agua tofana, como un medio seguro, pronto y necesario para purgar el globo por la muerte ó entontecimiento de los que procuran envilecer la verdad ó arrancarla de nuestras manos.

» Huid de España, huid de Nápoles, huid de cualquier tierra maldita, huid sobre todo de la tentación de revelar lo que oigáis, porque el rayo no es más veloz que el cuchillo que os hará perecer en cualquiera lugar en que os halléis.

» Vivid en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. »

He aquí también lo que refiere Cagliostro de una sociedad de iluminados en que fué recibido, sin alterar una palabra de su relato :

« Me fui á Francfort, en el Mein, adonde hallé á los señores NN... y NN... que son jefes y archiduques de la masonería de la estricta observancia, llamada de los iluminados. Me convidaron á ir á tomar café con ellos. Subí en su carruaje, sin llevar conmigo ni á mi mujer ni á persona alguna de mi casa, conforme ellos me habían pedido. Me condujeron al campo á distancia de tres millas de la ciudad. Entramos en la casa, y después de haber tomado el café, pasamos al jardín, donde había una gruta artificial. Á favor de una lámpara que trajeron, bajamos catorce ó quince escalones á un subterráneo ; y entramos en una cámara redonda, en medio de la cual había una mesa que abrieron, y debajo estaba una caja de hierro que también abrieron, y en la que había muchos papeles.

Aquellas dos personas tomaron de allí un libro manuscrito que tenía la forma de un misal ; estaban escritas en la primera hoja estas palabras :

NOSOTROS GRANDES MAESTRES DE LOS TEMPLARIOS

» Seguía después una fórmula de juramento concebida en las más horribles expresiones, de que no puedo acordarme, pero que contenían el empeño formal de destruir á todos los soberanos despóticos. Esta fórmula estaba escrita con sangre, y tenía once firmas además de mi cifra que estaba la primera, y todo escrito también con sangre. No puedo recordar de todos los nombres de aquellas firmas, más que los de... Eran estas firmas las de los doce grandes maestros de los iluminados ; pero á la verdad que mi cifra yo no la había hecho, y no sé cómo se hallaba allí. Lo que me dijeron acerca del contenido de aquel libro, que estaba escrito en francés, y lo poco que leí de él, me confirmó que aquella secta había determinado dar sus primeros golpes en Francia, y que después de la caída de esta monarquía, emprendería con la Italia y especialmente con Roma ; que Jiménez, del que ya se ha hablado, era uno de los principales jefes de la intriga, y que la sociedad tenía una gran cantidad de dinero repartido en los bancos de Amsterdam y de Roterdam, de Londres, de Génova y de Venecia. Me dijeron que aquel dinero procedía de las contribuciones que pagaban todos los años ciento ochenta mil masones á razón de cinco luises por persona ; que servía en primer lugar para mantener los jefes ; en segundo á los emisarios que tenían en todas las cortes, y en fin, para entretenimiento de

buques, para recompensar á los que emprendían algo contra los soberanos, y para todas las demás necesidades de la secta. Supe también que las logias, tanto en América como en África, ascendían al número de veinte mil ; que todos los años el día de San Juan, tenían la obligación de enviar al tesoro común veinticinco luises de oro cada una. Me ofrecieron socorro en dinero, diciéndome que estaban prontos á darme hasta su sangre, y me entregaron de contado seiscientos luises.

» Nos retiramos después á Francfort, de donde salí yo á la mañana siguiente con mi mujer, para volverme á Estrasburgo. »

Deben comprenderse las negativas de Cagliostro en lo relativo á su cifra ó rúbrica, porque lo hacia respondiendo á los jueces. Este fragmento se ha sacado del interrogatorio que se le hizo.

El mismo Cagliostro era inventor de una nueva masonería, como lo prueba la fórmula de la patente siguiente, dada por él en la logia que fundó en Lyon.

*Gloria, Unión, Sabiduría,
Beneficencia, Prosperidad*

« Nos, gran Cophto, fundador y gran maestro de la alta masonería egipcia, en todas las partes orientales y occidentales del globo. Hacemos saber á todos cuantos la presente vean, que durante el tiempo que hemos permanecido en Lyon, muchos miembros de este Oriente, que sigue el rito ordinario y tiene el título de Sabiduría, nos han manifestado el ardiente deseo que tenían de someterse á nuestro gobierno, y de recibir de nos las luces y el poder necesarios para

conocer y propagar la masonería en su verdadera forma y en su primitiva pureza, y accediendo á sus deseos, nos hemos conformado con sus votos, persuadidos de que dando muestras de benevolencia, tendremos la dulce satisfacción de haber trabajado para gloria del Eterno y bien de la humanidad.

« Con estos motivos, después de haber establecido y verificado suficientemente con el venerable y muchos miembros de dicha logia, el poder y la autoridad que tenemos para este efecto, con el auxilio de estos mismos hermanos, creamos y fundamos á perpetuidad en el Oriente de Lyon, la presente logia egipcia, y la constituimos *logia-madre* para todo el Oriente y Occidente, atribuyéndole para siempre el título distintivo de Sabiduría triunfante, y nombrando para oficiales suyos inamovibles perpetuos, á etc., etc., etc. »

Esta patente, entre otros emblemas, tenia una cruz con estas tres letras : L. P. D. Estas tres letras eran las iniciales de estas palabras :

*Lilia, Pedibus, Destrue.
Hollad con los pies las lises.*

Es preciso recordar, que entre otras celebridades filosóficas, agregadas á las logias masónicas del siglo xvii, se cuentan : Condorcet, Voltaire, Dupuis, Lalande, Bonneville, Volney, Pauchet, Bailly, Guillotin, Lafayette, Menou, Chapellier, Mirabeau, Sieyes, Holbach, y el duque de Orleans Felipe Egalité, y podrá entonces presumirse que la opinión del padre Barruel, acerca de la alianza de los francmasones y de los filósofos, no estaba del todo destituida de razón y de verdad.

En las circunstancias políticas, filosóficas y sociales que acaban de exponerse, era cuando iba á subir al trono Luis XVI, el hombre más débil de su casta.

Van á exponerse las razones por qué se cree á este individuo degenerado de su raza.

Para que las especies animales y aun las vegetales se conserven en continua lozania y constante vigor, ha indicado la naturaleza el cruzamiento de las razas y la mezcla de las familias. Por esto en el reino vegetal, el injerto es el principio conservador de la bondad y de la hermosura de las especies, y por la misma razón, entre los hombres, el matrimonio entre parientes muy cercanos, es una de las causas de la decadencia de los individuos. La naturaleza sufre, languidece y degenera, cuando se reproducen muchas generaciones con la misma sangre; y al contrario, se reanima, regenera y fortalece, cuando un principio prolífico, nuevo y extraño se introduce en la concepción.

Los héroes han fundado todas las razas grandes; los hombres débiles las han terminado. No hay más que ver á Enrique III, el último de los Valois; á Gastón, el último de los Médicis; el cardenal de York, el último de los Estuardos; y Carlos IX, el último de los Hapsbourg.

Pues esta causa primera de la degenerescencia de las razas, esto es, el matrimonio en la misma familia, que tanto se manifestó en todas las casas cuyos descendientes se han nombrado, fué más sensible en la casa de Borbón que en ninguna otra, porque la casa de Borbón nunca quiso mezclarse con otras familias. La sangre que reinaba en Francia se reputaba por tan preciosa, tan grande y tan sagrada, que no debía mezclarse con ninguna otra sangre que la fuese inferior en nobleza; de manera que por conservar esta

preocupación de las familias reales y católicas europeas de no aliarse sino con sus iguales, tenía la casa de Borbón que limitar sus matrimonios á las casas de Florencia, de Saboya, de Austria y de España.

Por esta razón, si subimos, por ejemplo, de Luis XV á Enrique IV y á María de Médicis, hallaremos que Enrique IV era cinco veces tercer abuelo de Luis XV, y María de Médicis cinco veces su tercera abuela. Si subimos por otra parte á Felipe III y Margarita de Austria, Felipe III era tres veces su tercer abuelo y Margarita de Austria tres veces su tercera abuela.

Entre los treinta y dos terceros abuelos y terceras abuelas de Luis XV hay seis de la casa de Borbón, cinco de la casa de Médicis, once de la casa de Austria Hapsbourg, tres de la de Saboya, tres de la de Lorena, dos de la de Baviera, un príncipe de la casa de los Estuardos y una princesa danesa.

Estaba, pues, reservada la carga más pesada para el más débil de la dinastía; precisamente cuando se necesitaba un rey que tenía que luchar contra aquella nobleza depravada, contra aquella sociedad corrompida, contra los filósofos corruptores, y contra tantos enemigos públicos y secretos como cercaban al monarca, cuando para luchar con todos ellos se habría necesitado de la potencia reorganizadora de Enrique IV y de Luis XIV, que habían sido los dos gigantes de la raza, Dios, cuyos designios estaban de antemano determinados, empleó al bueno, pero degenerado é impotente monarca, que después de haberse llamado duque de Berry y delfín de Francia, debía llamarse sucesivamente *Rey de Francia y de Navarra, Luis el Benéfico, el Restaurador de la libertad, el rey de los franceses, el señor Veto y Luis Capeto.*

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

Declaración acerca del nacimiento y educación del desafortunado príncipe, que sustraído de la sociedad por los cardenales Richelieu y Mazarino, fué encerrado en la Bastilla por orden de Luis XIV, hecha hallándose próximo á morir, por el ayo de este príncipe.

El desgraciado príncipe, á quien he criado, y con el que he permanecido hasta la proximidad del término de mi vida, nació el día 5 de septiembre de 1658, á las ocho y media de la noche, cuando se hallaba cenando el rey. Su hermano, que actualmente reina, había nacido aquella mañana á medio día, mientras su padre se hallaba comiendo. Tan brillante y espléndido había sido el nacimiento del rey, cuanto fué triste y oculto el de su hermano. Porque habiendo la partera avisado al rey de que la reina tenía aun que dar á luz otra criatura, mandó que permaneciésemos en la cámara, el canciller de Francia, la partera, el primer capellán, el confesor de la reina y yo, para que fuésemos testigos de lo que acaeciese y de lo que él quería hacer, si nacía otro niño.

Ya hacía bastante tiempo que al rey le habían profetizado que su mujer pariría dos gemelos, porque hacía muchos días que habían llegado á Paris unos pastores diciendo que habían tenido una inspiración

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1940, 1625 MONTERREY, MEXICO